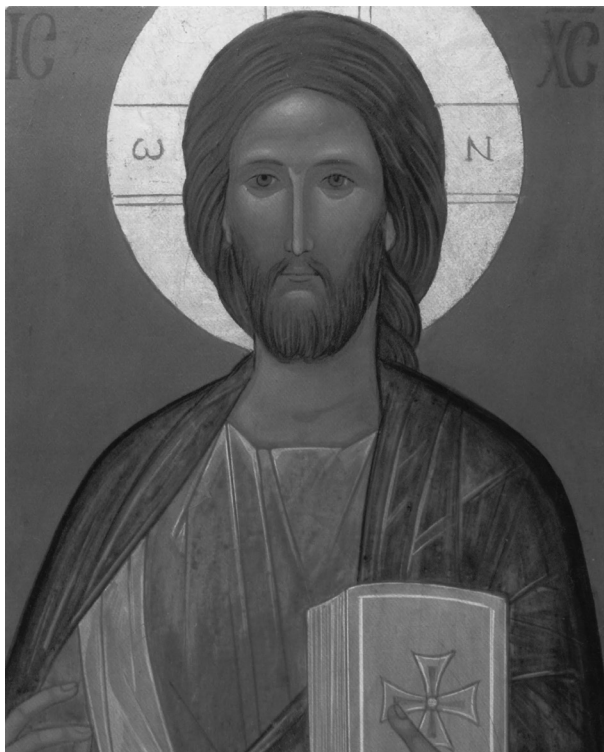


Solo quiero que le miréis a él

Materiales para la Jornada *Pro orantibus* 2018



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUMARIO

Presentación	5
Testimonios	9
Textos del Magisterio Pontificio	18

PRESENTACIÓN

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

Buscando el rostro de Dios

Desde que el papa san Juan Pablo II en su exhortación *Vita consecrata*, en 1996, propuso a todos los consagrados «contemplar el rostro radiante de Cristo» (VC, n. 14) con el fin de reconocer los rasgos esenciales de la vida consagrada, el Magisterio pontificio ha desarrollado una teología espiritual centrada en la búsqueda del rostro de Dios.

El documento *Caminar desde Cristo* (2002), después de afirmar que «las personas consagradas, contemplando el rostro crucificado y glorioso de Cristo y testimoniando su amor en el mundo, acogen con gozo, al inicio del tercer milenio el camino que la vida consagrada debe emprender» (CdC, n. 1), se preguntaba y respondía: «¿dónde contemplar concretamente el rostro de Cristo? Hay una multiplicidad de presencias que es preciso descubrir de manera siempre nueva» (CdC, n. 23).

Años después, *El servicio de la autoridad y la obediencia* (2008) presentó la vida consagrada como testimonio de la búsqueda de Dios, e iluminó el ejercicio de la autoridad y la vivencia de la obediencia a partir del Salmo 26: «Tu rostro buscaré, Señor» (SAO, n. 1).

«La búsqueda del rostro de Dios» (VDQ, n. 1) vuelve a ser el punto de partida de la constitución apostólica *Vultum Dei Quaerere* (2016) sobre la vida contemplativa femenina. Se afirma que las personas consagradas «son llamadas a descubrir los signos de la presencia de Dios en la vida cotidiana (...) en un mundo que ignora su presencia» (VDQ, n. 2).

Y para superar los actuales desafíos de la vida consagrada la Congregación vaticana para la vida consagrada (CIVCSVA) ofrece en *A vino nuevo en odres nuevos* (2017) orientaciones concretas que parten de «la novedad del estilo con que Jesús revela al mundo el rostro misericordioso del Padre» (VNON, n. 1).

La búsqueda de Dios pertenece a la historia del hombre. La búsqueda de lo divino, incluso muchas veces de modo inconsciente (cf. SAO, n. 1), forma parte del aspecto religioso del ser humano. «Tu rostro buscaré» (*Sal* 26, 8) cantaba el salmista del Antiguo Testamento. Y Jesucristo provocaba esta búsqueda entre sus seguidores: ¿qué buscáis? (*Jn* 1, 38). «Nadie podrá quitar nunca del corazón de la persona humana la búsqueda de Aquel de quien la Biblia dice “Él lo es todo” (*Si* 43, 27) como tampoco la de los caminos para alcanzarlo» (SAO, n. 1).

La búsqueda de Dios no es pura curiosidad, ni simple ansia de saber o capricho humano. El hombre busca agradar a Dios pues reconoce que la divina voluntad es «una voluntad amiga, benévola, que quiere nuestra realización, que desea sobre todo la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos del amor divino» (SAO, n. 4).

La inspiración originaria de la vida consagrada «está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor» (VC, n. 37). En efecto, el consagrado, con su vida y misión, es signo profético que testimonia al mundo los rasgos esenciales de la persona, plenamente humana y divina, de Cristo. «La persona consagrada es testimonio de compromiso gozoso, al tiempo que laborioso, de la búsqueda asidua de la voluntad divina» (SAO, n. 1) y de los medios para conocerla y para vivirla con perseverancia.

Más aún, «para cada consagrado y consagrada el gran desafío consiste en la capacidad de seguir buscando a Dios con los ojos de la fe en un mundo que ignora su presencia» (VDQ, n. 2). El apartarse del mundo les permite descubrir con mejor perspectiva la presencia de Dios en el corazón del mundo y, al mismo tiempo, sus comunidades son luz en el candelero y ciudad en lo alto de la montaña (cf. *Mt* 5, 14-15) que indica el camino que debiera recorrer la humanidad.

De modo especial, la vida contemplativa es la forma de consagración privilegiada por la que tantos hombres y mujeres, dejando la vida según el mundo, buscan a Dios y se dedican a Él, no anteponiendo nada

al amor de Cristo (cf. VC, n. 6). «Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu» (VC, n. 6).

La dinámica propia de la vida contemplativa, que armoniza la vida interior y el trabajo, junto con la obediencia, la estabilidad, la celebración de la liturgia y la meditación de la Palabra se convierte en una verdadera «peregrinación en busca del Dios verdadero» y en un «camino de configuración a Cristo Señor» (VDQ, n. 1), cuya fuente es la contemplación del rostro de trasfigurado por la Pasión, muerte y Resurrección del Hijo de Dios.

En el Año Jubilar Teresiano

¡Quién mejor que la santa andariega, peregrina por los caminos del espíritu, para indicarnos la necesidad de contemplar a Jesús! «Solo quiero que le miréis a Él» es la fuerte invitación de santa Teresa a todos nosotros en el primer Año Jubilar Teresiano concedido por el santo padre a la Iglesia española y en particular a la diócesis abulense.

Los obispos españoles proponen dicha invitación como lema de la Jornada «Pro orantibus» de este año y, de este modo manifiestan el agradecimiento y, a la vez, el apoyo paternal a los innumerables hombres y mujeres que esparcidos por la geografía española mantienen vivo el ideal religioso de la vida contemplativa.

«Solo quiero que le miréis a Él» implica una doble peregrinación en la espiritualidad de santa Teresa, que recoge magistralmente en uno de sus poemas que lleva el título: «Alma, buscarte has en Mí», pero que concluye con el verso «y a Mí buscarte has en ti».

El primer momento de esta peregrinación consiste en un camino de interioridad: «a Mí buscarte has en ti», en la que la persona contemplativa, y con ella todo bautizado, peregrina hacia su interior dónde descubrirá, gozosa, la presencia del amor divino y la respuesta del amor humano a su Dios y Esposo.

La trascendencia es el camino ascendente de la peregrinación espiritual. El corazón que ha descubierto y contemplado a Dios en su interior, se eleva hacia Él y acoge su indicación: «Alma, buscarte has en Mí». Se trata ahora de descubrir como la propia alma está inmersa en Dios como el agua en la esponja (cf. *Relación 45*).

En esta jornada de la vida contemplativa, que la Iglesia en España celebra el domingo de la Santísima Trinidad, invitamos a todos los hombres y mujeres que, siguiendo la invitación divina, han asumido esta forma de consagración, a buscar a Cristo en su propio corazón y descubrirse ellos mismos en el Corazón de Cristo. Así serán auténticos testimonios para todos los fieles y para el mundo entero.

Madrid, 27 de mayo de 2018
Solemnidad de la Santísima Trinidad

TESTIMONIO DE LA HNA. M.^a ROSARIO DE FRUTOS

MM. CARMELITAS DE LA ANTIGUA OBSERVANCIA
MONASTERIO DE NTRA. SRA. DE LAS MARAVILLAS (MADRID)

«Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro» (*Sal* 26, 8-9).

Fascinada por esta presencia, esta llamada susurrante que tiene mucho de brisa suave, del murmullo que el profeta Elías había escuchado allá en la hendidura de la cueva, en el monte Horeb, también la monja carmelita inicia el camino en busca del Dios escondido «en la interior bodega», donde cada instante del día y de la vida misma es invitada al encuentro nupcial, para saciar la propia sed y la del mundo abrumado y olvidadizo de este Dios, el Único que devuelve al hombre la identidad perdida. De este encuentro con el Dios viviente surge el deseo de hacer algo por ese Cristo entrañablemente amado que se prolonga misteriosamente en sus hermanos los hombres. Es algo que atrae a la carmelita desde Él mismo y que la impulsa irresistiblemente a una opción, desde Dios, por Él y por su Cuerpo que es la Iglesia.

Todo ayuda en el itinerario de cada día, en el marco de una Regla de vida, cuyo dinamismo plasma y configura la Palabra de Dios, y así nos ofrece los elementos, las modalidades y los lugares adecuados para esta relación con Cristo, los modos distintos para vivir en su presencia, indicando «un camino santo y bueno» para caminar en su compañía. «Procurad, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo Maestro? No os faltará para siempre. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?» (Sta. Teresa. C. 26.1). Este “permanecer” en la Palabra acogida y asimilada en las distintas fases de la *lectio divina* se transforma en lenguaje de vida para producir acciones y frutos que quieren ser coherentes, haciéndonos discípulas de Cristo, sintiéndonos enriquecidas con la abundancia de su Palabra. Aquí es donde la carmelita encuentra respuesta plena a todas sus aspiraciones de amar y ser amada, a los interrogantes de la propia existencia, a su necesidad de realizarse como mujer, dando unidad a todos los demás fragmentos que tejen su vida de cada día.

La fraternidad orante y profética está en el centro del carisma carmelita. Alimentada en la oración personal y litúrgica, en la comunión de bienes, es celebrada y profundizada en la eucaristía como en su fuente, que celebra la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús, la entrega que Él hace por sus hermanos. Aquí encontramos el sentido profundo de la eucaristía diaria: poner presente en medio de nosotras, vivir en la propia vida la experiencia de Jesús que muere y resucita. El significado de *eucaristía* nos invita a la acción de gracias y a la bendición por todo lo que Dios ha hecho y hace por nosotras a lo largo de la historia a través de Jesucristo, quien no tuvo miedo a dar su vida para que pudiéramos vivir en Dios abriéndonos el acceso al Padre.

La carmelita está llamada a vivir una «espiritualidad de comunión», que es sobre todo un don del Espíritu, participando en la comunión de la vida trinitaria. Pero, como todo don, es también un compromiso para alcanzar en la práctica lo que ya se es. De ahí que cada día hay que encontrar nuevas formas para comunicar el don recibido. Cruz y alegría, fatiga y descanso, piedra clave que da realismo a la contemplación y a la relación con Dios, activando cada día su propia conversión y acogiendo la misericordia del Padre para mirar con ojos nuevos la presencia de cada hermana abrazando también toda la realidad eclesial, asumiendo los «gozos y las fatigas», las luchas y preocupaciones de los hombres de nuestro tiempo, como nos recuerda *Gaudium et spes*, n. 1: «no existe nada verdaderamente humano que no encuentre eco en nuestro corazón».

En el itinerario de subida hacia la cumbre del Carmelo, nos encontramos con el icono de santa María. De Ella aprendemos a ser perfectas imágenes de Dios, receptáculo de la divinidad. Hermana, Madre, Patrona, Virgen Purísima... son algunos de los títulos que expresan la relación que a lo largo de los siglos la monja carmelita ha vivido con Ella, la primera y perfecta discípula de su Hijo, la «imagen de lo que espera y anhela ser», modelo de nuestra vida oculta, abierta totalmente a la Palabra de Dios, mujer de fe, que nos educa y enseña a hacer frente a los desafíos y a las vicisitudes inherentes a la vida

consagrada con el corazón lleno de esperanza y de amor, para saber responder a la búsqueda de Dios que existe en el corazón de tantas personas de hoy.

TESTIMONIO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE SERRA (VALENCIA)

El lema de este año de la Jornada *Pro orantibus* es un eco de la hermosa frase teresiana «No os pido más de que le miréis» (C 26, 3), y suscita en nosotras profundas resonancias de vivencia orante, contemplativa, cristológica y eclesial.

La santa está hablando de cómo orar, en la práctica, en lo concreto de cada día, de cada rato frente al sagrario, y ahí, justo, todo lo que hay que “hacer” es esto, mirarle para caer en la cuenta de que nos mira y de que su «mirar es amar», como tan bellamente dice san Juan de la Cruz. Así pues, lo que tenemos que hacer es esto: cultivar y profundizar personal y comunitariamente la relación de amistad con Cristo, quien realmente sentimos y sabemos que baja a nuestra realidad, pobreza, debilidad y nos está mirando con ojos de amor, compasión y deseo de que consigamos grandes metas, de que logremos unir nuestra vida a la suya, a través del camino de la oración que es desasimiento de todo lo creado, es andar en verdad, y es, por supuesto, amor de unas con otras.

Y no hay que hacer más. Esto es lo más importante y decisivo, lo único que cuenta, como dice Jesús en el evangelio, «la mejor parte» (cf. *Lc* 10, 38-41). Entablar esta partida de ajedrez decisiva con Jesús para irle dejando, poco a poco, que se “enseñoree” de nuestra alma, de nuestra entera vida, porque son estas relaciones desprendidas y profundas las que cambian verdaderamente las situaciones, las que dan vida y esperanza, las que muestran que Jesús sigue aquí, vivo, actuante, mirándonos y dejándose mirar con amor.

Pero esto es amor verdadero y cuesta, cuesta mucho, cuesta todo, podremos decir. El testimonio concreto que os queremos ofrecer es el de nuestra comunidad, que ahora se compone de otras comunidades contemplativas. Porque el Señor nos está pidiendo esto, como a Abrahán, dejar nuestras casas, nuestras tierras, e ir adonde Él nos lleve con tal de continuar nuestra vocación, nuestra vida. Hace años ya nos fusionamos con una comunidad de hermanas, las de Valencia – San José,

y ahora con otra comunidad, las de Roca del Vallés. Somos testigos de cuánto ha costado esto, de cómo hemos tenido que «poner los ojos en el Crucificado» y dejarnos mirar, animar, empujar por Él para poder hacer esta su voluntad.

Para nuestro modo de vida sencillo y esencial, pero vivido en un lugar concreto con unas hermanas determinadas, significa un gran dolor moral, espiritual y físico el tener que abandonarlo. No solo sentimos que dejamos gran parte de nuestra vida, sino también de las vidas de las hermanas que nos han precedido y han entregado toda su existencia, su corazón, todo lo que eran y tenían, para ser capaces de vivir este ideal.

También es un gran sufrimiento para las hermanas que reciben en su casa a las que traen otras casas, otras costumbres, otras maneras y modos de vivir lo mismo, lo esencial. Todas hemos de abrir el corazón, los brazos, la mente; todas tenemos que relativizar lo accesorio, lo añadido, lo que se nos pega y buscar lo esencial, que es la compañía del Esposo, la razón profunda que nos llevó a cada una al monasterio y también la razón profunda que nos hizo salir de él. Por todas, las que llegan y las que estaban, “perdemos” nuestra casa, hacemos sitio en nuestro estilo, en nuestra cotidianidad, en el modo concreto de vivir nuestra entrega, horarios, costumbres y todas las pequeñas cosas que conforman y constituyen nuestra existencia. Todas tenemos que adaptarnos, hacer lugar, compartir, apartarnos un poco para que quepan las otras y puedan encontrar su lugar (como hizo el Padre en el gesto supremo de la Creación, que supo dejarnos sitio, autonomía, libertad).

Os testimoniamos también que este sufrimiento, que esta “muerte”, porque asumida por Él, lleva a la vida. Juntas, con Él en medio, hemos construido otra casa para todas, otro Carmelo, hecho no de “trozos” de otros Carmelos, sino con los corazones de las queridas hermanas a quienes Jesús ha vuelto a llamar y a juntar aquí para que podamos seguir viviendo, con plena autonomía vital, lo único importante y esencial.

Todas, como buenas hijas de Teresa de Jesús, sabíamos que en este proceso nos iba la vida, que corríamos el mayor riesgo de todos, que era «echar al Esposo de casa» (cf. C 7, 10) si hubiesen prevalecido nuestras particularidades y viejos modos de hacer.

Os testimoniamos que estamos contentas, que somos comunidad teresiana, familia contemplativa y eclesial, que intentamos hacer vida las indicaciones que nos ha dado la Iglesia en la persona del papa Francisco: «somos hombres y mujeres llamados por Dios y enamorados de él, que han vivido su existencia totalmente orientados hacia la búsqueda de su rostro, deseosos de encontrar y contemplar a Dios en el corazón del mundo» (VDQ, n. 2). Juntas, todas las hermanas, nos reforzamos unas a otras, nos hacemos espaldas y vivimos queriendo responder cada día a la llamada del Señor en «esta vida sencilla pero totalmente centrada en lo necesario y fundamental, en lo esencial», como dijo nuestra hermana santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein).

TESTIMONIO DE LAS MM. CARMELITAS DESCALZAS DEL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (ÁVILA)

El Carmelo es un «huertecillo cerrado» y reservado solo para su Esposo y su Madre, la Reina de esta Casa. Por eso, los ojos de la carmelita son solo para Cristo, su único amor. Por este Señor «se vela» a los ojos de las criaturas, para que solo Él la mire y para mirarlo solo a Él.

Es muy dulce para ella el lapidario texto teresiano: «No más de que le miréis». De él emerge el alma contemplativa que toda carmelita lleva dentro. De ese cruce de miradas brota el amor más puro, que lleva en su seno el anhelo profundo de la salvación de las almas. Sí, en el pequeño baluarte de su celdilla carmelitana, la descalza, encerrada, pelea por Él y por las almas que encomendó a su cuidado y que hacen parte de esta «corte» que, como Reina, la acompañarán un día al Cielo.

Prendida en esa mirada de Cristo, la carmelita aprende a mirar a sus hermanos con esos mismos ojos divinos que tiene en sus entrañas dibujados; y mirándolos los ama, porque “*el mirar de Dios es amar*” – como tan bien expresa nuestro padre san Juan de la Cruz.

Enamorada de ese mirar de su Esposo y empujada por ese anhelo incesante de corresponderle con su mirada, la monja descalza se centra de sí y aprende a encontrarlo en su interior. Allí, en lo más profundo de su alma, en el hondón, percibe su presencia viva y vivificante. Allí se coloca muy cerca y lo contempla ávida de aprender más y más de Él. Allí revive los misterios de su vida y desea participar en ellos.

Mirándolo delante de los jueces aprende a amar los trabajos; mirándolo en la cruz aprende a amar la pobreza y la ciencia del verdadero amor; viéndolo obediente hasta dar la vida sueña con caminar tras sus huellas. Verdaderamente, poniendo los ojos en Cristo crucificado todo se le hace poco.

Y descubre que, de esta manera tan sencilla, está haciendo oración, la oración más sublime que pudiera soñar, la más segura, porque es de mano de esta sacratísima humanidad. Nos dice nuestra madre Santa Teresa:

«No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues, ¿quién os quita volver los ojos del alma –aunque sea de presto, si no podéis más–, a este Señor? Pues podéis mirar cosas tan feas, ¿y no podréis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras; haos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho que –quitados los ojos de estas cosas exteriores– le miréis algunas veces a Él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos; como le quisieréis le hallaréis».

Así nos adentra la santa en este castillo interior, adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Así nos abre su puerta. Así nos introduce en los secretos de la vida interior, en trato de amistad con este Señor nuestro del alma por quien nos vienen todos los bienes, en esta vida de amor con Cristo, nuestro Bien. Así la oímos susurrarnos al oído: «que el uno con el otro os podéis consolar», «y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, solo porque os vais con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle».

Con tanta suavidad nos enseña el camino de la oración. La carmelita procura desasirse de todo para poder alcanzar esta presencia viva de su Esposo. Sabe que si lo consigue, su amor y su compañía iluminarán el sendero de su vida espiritual, y la presencia de su Señor será su alegría.

Consecuente con esta llamada, utiliza los medios que su Madre la Iglesia le da para ello: que no es más que su vida humilde y penitente vivida a fondo perdido; este será el trampolín que la llevará derecha al Corazón de Cristo.

Ella sabe que renovando día a día e instante a instante ese género de vida que un día le prometió vivir con la delicadeza de una Esposa, tendrá el medio más eficaz para crear dentro de sí ese desierto que permitirá que Él le hable al corazón.

Decidida renueva sus deseos de imitarle, escogiendo, a instancias de su santa Madre, el camino del padecer, porque «en aquella eternidad,

son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús».

De esta forma vive la carmelita su carisma, aportando a su amada Iglesia la herencia recibida, que no es otra que su vida de oración en favor de las almas. Así reza y así ama, con la ternura exquisita con la que vivió su santa Madre este trato con Jesucristo, y que se revela tan bien en estas palabras salidas de su corazón enamorado:

«¡Oh, Señor del mundo, verdadero Esposo mío! –le podéis vos decir, si se os ha enternecido el corazón de verle tal, que no solo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene Él en muy mucho–, ¿tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? Pues, ¿cómo, Señor, es posible que os dejen solo los ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por imitaros en algo. Juntos andemos, Señor, por donde fuereis tengo de ir, por donde pasareis, tengo de pasar».

Así vivió santa Teresa, y así quieren vivir sus hijas: entregadas a una vida toda para Cristo y para su Cuerpo que es la Iglesia. De aquí nace el fin eminentemente eclesial de la reforma teresiana; de esta unión con Cristo surge su misteriosa fecundidad apostólica. Este es el legado del Carmelo: una vida que **solo quiere mirarle a Él**.

TEXTOS DEL MAGISTERIO PONTIFICIO

FRANCISCO

CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA *VULTUM DEI QUAERERE*

N. 9. La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad: en la vida contemplativa esta historia se despliega, día tras día, a través de la apasionada búsqueda del rostro de Dios, en la relación íntima con él. A Cristo Señor, que «nos amó primero» (1 Jn 4, 19) y «se entregó por nosotros» (Ef 5, 2), vosotras mujeres contemplativas respondéis con la ofrenda de toda vuestra vida, viviendo en él y para él, «para alabanza de su gloria» (Ef 1, 12). En esta dinámica de contemplación vosotras sois la voz de la Iglesia que incansablemente alaba, agradece y suplica por toda la humanidad, y con vuestra plegaria sois colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable.

Desde la oración personal y comunitaria vosotras descubrís al Señor como tesoro de vuestra vida (cf. Lc 12, 34), vuestro bien, «todo el bien, el sumo bien», vuestra «riqueza a satisfacción» y, con la certeza en la fe de que «solo Dios basta», habéis elegido la mejor parte (cf. Lc 10, 42). Habéis entregado vuestra vida, vuestra mirada fija en el Señor, retirándoos en la celda de vuestro corazón (cf. Mt 6, 5), en la soledad habitada del claustro y en la vida fraterna en comunidad. De este modo sois imagen de Cristo que busca el encuentro con el Padre en el monte (cf. Mt 14, 23).

N. 10. A lo largo de los siglos, la Iglesia nos ha mostrado siempre a María como *summa contemplatrix*. De la anunciación a la resurrección, pasando por la peregrinación de la fe culminada a los pies de la cruz, María queda en contemplación del Misterio que la habita. En María vislumbramos el camino místico de la persona consagrada, establecida en la humilde sabiduría que gusta el misterio del cumplimiento último.

A ejemplo de la Virgen Madre, el contemplativo es la persona centrada en Dios, es aquel para quien Dios es el *unum necessarium* (cf. Lc 10,

42), ante el cual todo cobra su verdadero sentido, porque se mira con nuevos ojos. La persona contemplativa comprende la importancia de las cosas, pero estas no roban su corazón ni bloquean su mente, por el contrario son una escalera para llegar a Dios: para ella todo «lleva significación» del Altísimo. Quien se sumerge en el misterio de la contemplación ve con ojos espirituales: esto le permite contemplar el mundo y las personas con la mirada de Dios, allí donde por el contrario, los demás «tienen ojos y no ven» (*Sal* 115, 5; 135, 16; cf. *Jer* 5, 21), porque miran con los ojos de la carne.

N. 11. Contemplar, pues, es tener en Cristo Jesús, que tiene el rostro dirigido constantemente hacia el Padre (cf. *Jn* 1, 18), una mirada transfigurada por la acción del Espíritu, mirada en la que florece el asombro por Dios y por sus maravillas; es tener una mente limpia en la que resuenan las vibraciones del Verbo y la voz del Espíritu como soplo de brisa suave (cf. *1 Re* 19, 12). No es por azar que la contemplación nace de la fe, la cual es puerta y fruto de la contemplación: solo por el «heme aquí» confiado (cf. *Lc* 2, 38) es posible entrar en el Misterio.

